

Sociología

POR UN MUNDO NUEVO

Análisis de un libro

Rápida fué la visita del Padre Lombardi y, aunque su predicación no tenía galas de estilo ni arranques oratorios, no puede negarse que la impresión fué honda y que su paso se recuerda con piadosa y sincera emoción. La inquietud de su apostolado refleja la urgencia del momento. El peligro es tan grave como inminente; urge, por lo tanto, dar al mensaje rapidez y aprovechar todos los medios que los tiempos ponen a nuestro alcance para la difusión de sus ideas; aviación, prensa, radio... Ya los artículos, folletos y libros por él publicados se suman por centenares; todos en torno de la misma idea con ligeras variantes. Una es la finalidad pero diverso el tono y la forma, como lo exigen la diversidad de auditorios y circunstancias.

Para un Mundo Nuevo.— Las ideas principales de orden teórico y práctico las ha encerrado en este grueso volumen cuyo título es: PER UN MONDO NUOVO. Son 711 páginas, agrupadas en dos partes. La primera se intitula: "El Mundo que se ha de construir"; la segunda; "Cómo construir el Mundo nuevo". Son varias las traducciones que están a punto de salir. El éxito editorial de la edición italiana ha sido extraordinario, pues, a pesar de la naturaleza de la

obra de carácter intelectual y serio y su costo de 1.350 liras, las ediciones en Roma se han ido sucediendo una por mes y cada una de 5.000 ejemplares. Esto indica, sin género de duda, que el enfoque del problema y las soluciones propuestas son de actualidad. Escritor ha habido, Ledit, que la considera como una de las obras de más relieve en este siglo. Y puede decirse que el autor desaparece para que el lector clave su atención en el fondo del problema. El mismo, al hacer en el prólogo un breve recuento de la génesis y desarrollo de su apostolado confiesa ingenuamente: "Cuanto en los hechos relatados tiene carácter personal no vale la pena de tomarse en cuenta, si se compara con la influencia de Nuestro Señor; se le daría, por lo tanto, demasiada importancia, si por modestia se quisieran callar, ocultando así la parte principal que en ello ha tenido la gracia.

La catástrofe.— En diversas ocasiones SIC ha hablado durante estos años sobre el apostolado del Padre Lombardi y, aun durante 1952, más de una vez ha hallado eco en sus columnas. Basta citar el ponderado artículo "El Mundo Nuevo del Padre Lombardi" por el Padre Manuel Aguirre (SIC, Marzo 1952). Y este artículo quiere precisamente fijarse en las grandes realizaciones del catolicismo para implantar ese Mundo Nuevo. Repetidas veces, con diversas formas pero idéntico fondo, viene a decirnos que los dos grandes sistemas sociales que, prescindiendo de Dios, han querido resolver los problemas humanos, han desembocado el más espantoso cataclismo. Oigamos sus palabras:

"Inútil quererlo negar u ocultar; el individualismo exagerado produjo entre los hombres terribles injusticias. Las riquezas en ritmo creciente se concentraron en pocas manos, sobre todo con la industria pesada, mientras que para muchos otros menos hábiles o afortunados quedaba una vida miserable, con el mezquino alivio de llamarse libres. Unos cuantos acumularon el capital, mientras una masa de débiles se vió vencida en la lucha. Así el sistema de la libertad individual

sin freno, bello bajo un aspecto, proyectaba en la práctica una negra sombra: la injusticia social”.

Todos conocemos la reacción violenta que esto produjo. La única solución que muchos vislumbraron era el comunismo, primero parcial y luego total. El Estado-Padre, con todos los recursos en sus manos, se encargaría de distribuir los bienes equitativamente entre sus hijos, miembros de la sociedad. Pero esta luz que anunciaba un nuevo día, arrastraba consigo grandes nubarrones que se fueron oscureciendo y condensando, a medida que del terreno meramente ideológico comenzaba a cuajarse en realidad.

“Se ha visto en los hechos, dice el Padre Lombardi, y era necesario que así sucediera; si es el Estado quien debe suministrar todos los bienes, obligar a todos al trabajo e impedir que se formen diferencias entre los hombres con la posibilidad del libre cambio, debe intervenir más y más, aun en toda cuestión privada quitando el respiro a los ciudadanos. La colectividad entrará en sospechas de toda afirmación individual, aun moderada y razonable, que en cualquiera forma puede amenazar lo monolítico del conjunto; por lo tanto, fuera toda libertad de palabra, de prensa, de ahorro, de tráfico, de familia. Hasta la religión, el hecho más íntimo del hombre, surge ante el Estado, empeñado en ver en sus miembros, ruedas de un mecanismo, como un peligro de independencia individual. Porque ese espíritu religioso podría el día de mañana sentirse obligado a resistir a las prescripciones de la autoridad por la Ley de Dios en quien cree y el Estado se previene contra tal peligro, acabando previamente con la religión. De nuevo lágrimas, y más lágrimas y aun torrentes de sangre a cuenta de la 2ª tentativa social de la historia humanista. Los amigos se han transformado en espías, los hijos en acusadores; se exterminan hombres como hormigas; se invaden naciones como se puede invadir un coto de caza; se ha declarado la guerra a todo lo divino, torturando ejércitos de mártires, se ha pisoteado la li-

bertad hasta en los rincones más recónditos del corazón”.

Entre estos dos extremos en que naufraga por una parte la justicia social y por otra la libertad individual, la sociedad debe hallar un sistema en que la convivencia pueda ser una realidad sin tan sangrientas mutilaciones. Y ese sistema lo tenemos en el Evangelio. Quien vea en sus páginas la vida de Cristo observará que en él cristaliza la solución viviente. En su ideología se valora al individuo pero se le hace miembro de la sociedad; se inculca la autoridad pero al servicio de la comunidad, Justicia que da a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Caridad que no haga mal y piense en el bien del prójimo como piensa en el bien propio, sin platonismos, con rápida y generosa efectividad. De esas virtudes brotará la solución de tantos problemas. La fraternidad en la solidaridad es el remedio del exagerado individualismo y la solución del absoluto estatismo.

Entre los dos sistemas que hoy disputan la supremacía del mundo, no se vislumbra posibilidad de arreglo ni de paz. Se disputan el campo con planes de total exclusivismo. El triunfo de uno no sólo conlleva la derrota del otro, sino su total exterminio. El odio envenena todas las mutuas relaciones y el estilo de las partes denuncia el espíritu que las anima.

La mayoría.— La justicia y la caridad necesariamente han de volver sus ojos hacia la gran mayoría. Tomando el mundo en su población total, podríamos decir que una insignificante minoría vive ahíta y ultrasatisfecha, nadando en una abundancia total de bienes. Otra minoría, más numerosa, hace frente a las necesidades de la vida decorosamente. Pero la inmensa mayoría, muchos centenares de millones vegetan en la miseria más espantosa. El alimento, el vestido, el techo, la salud son de categoría infrahumana; y bien se deja entender su estado cultural, moral y religioso. Ahí es a donde se debe dirigir la política y esos

los problemas que principalmente deben absorber su atención. Quien en medio de esa humanidad depauperizada y desesperada aparece con actitud compasiva y deja caer la palabra, mensajera de un futuro mejor, hallará eco instantáneo en millones de corazones. En el reparto de bienes hay naciones que han salido favorecidas; su situación privilegiada no debe ser motivo de injusticias.

Doctrina social cristiana.— La doctrina social católica está virtualmente contenida en los principios y moral cristiana. Cuando sobre los nuevos problemas planteados con gravedad y urgencia se recomienda la solución del Evangelio, se apunta a la verdadera raíz. Sin embargo es un hecho indiscutible el que a pesar de haber tenido en nuestras manos la doctrina social más hermosa y la solución más humana, se han impuesto en la práctica teorías anticristianas y cuando hemos llegado, era tarde. Recientemente un líder socialista no ocultaba lico en el campo social. "Han tenido su extrañeza ante el fracaso de los católicos, en sus manos el arma más fina, pero no han sabido manejarla".

Diversas razones pueden darse de todo esto; pero no dejan de impresionar por una parte la conducta de muchos cristianos y por otra la falta de aplicación de los principios a los hechos concretos de la vida.

Los principios en tanto serían fuente de regeneración en cuanto se asimilen y se transformen en normas de conducta. Las enfermedades no se curan con meras recetas médicas. Y necesario es convenir en que muchos, muchísimos católicos no han comprendido el sentido de esos principios. Su vida ha estado completamente divorciada de ellos; por eso era a veces difícil la distinción de un católico y un materialista. Los dos profesaban el mismo credo. El negocio era negocio y todo tenía que someterse a sus exigencias. Efecto de esa mentalidad ha sido el que muchos ni siquiera querían leer las encíclicas sociales, considerándolas como in-

trusiones de la Iglesia en campos ajenos de su misión y calificando sus soluciones de ingenuas e infantiles, ajenas por completo a las leyes infalibles de la rígida economía. Más de una vez han condenado los Papas semejante conducta.

Por otra parte esos principios durante mucho tiempo permanecieron en las alturas de la teoría y no descendieron a las contiendas diarias con aplicaciones concretas. Se recomendaban las recetas pero nadie las aplicaba. Con esto el alivio era nulo y aparecía la Iglesia como si nada tuviera para el remedio del mal. Pero es justo confesar que los problemas eran tan difíciles como intrincados y que la tarea no era tan fácil como a primera vista podría parecer.

Un grave escollo.— La doctrina esencial del catolicismo es la caridad, virtud por su naturaleza unitiva, no sólo en cuanto elimina los factores de la disociación, sino en cuanto forja los vínculos de la unión. Pero con frecuencia los católicos hemos sido muy egoístas; hemos enfocado los problemas individualmente y cada uno ha querido ir adelante con sus programas, métodos y medios y sin preocuparse poco ni mucho de los programas, métodos y medios de los demás. Raras veces se ha conseguido traspasar los linderos parroquiales para convertir la acción en diocesana o nacional. Y para muchos la palabra y el contenido de la palabra internacional era y es pura algarabía. Por eso hemos sido débiles, porque en la unión está la fuerza. Con multiplicidad de cabezas y programas hemos hecho muchas cositas y pocas cosas. Una acción profunda y amplia ha estado ausente de nuestros movimientos. A la avalancha del comunismo que en apretadas falanges corría como un torrente, hemos opuesto dispersión de fuerzas. A esta gravísima situación respondió la iniciativa de Pío XI con la implantación de la A. C. que es programa, método y acción; A. C. que enrola a hombres, mujeres y jóvenes; que como en semillero de futuros apóstoles cobija a los niños y que por su organiza-

ción parroquial diocesana y nacional se extiende por las naciones; A. C. que no sabe de linderos y estrecheces, pues abarca directa o indirectamente cuanto puede ser conducente para el reinado de Cristo; A. C. que no puede ser destrucción de otras fuerzas del mismo campo, ni absorción totalitaria de ellas, sino engranaje de diversas piezas, mutua cooperación para la multiplicación de las fuerzas.

Un plan grandioso.— Quien no siga estas directrices de suma, multiplicación y coordinación de fuerzas pierde lamentablemente el tiempo y no se da cuenta del signo de la época. Por eso son por demás interesantes las ideas que en la segunda parte de la Obra desarrolla el Padre Lombardi. Vamos a extraer algunas de las más fundamentales.

Desde luego hay que pensar en los soldados, en la masa de este gran movimiento. ¿Dónde reclutarlos? Hay unidades brillantes y numerosas, pero necesitan el sentido de solidaridad y por tanto hay que crear en todos el sentido de agrupación general. Nada hacemos en un ejército con un batallón bien equipado si la mayoría lo están deficientemente. No se ganan las batallas con un cuerpo bien adiestrado cuando el resto está formado por inexpertos bisonos; ni vale el triunfo particular cuando el frente ha sido roto en diversos sectores. El triunfo ajeno es mi triunfo; la derrota ajena es mi derrota. Hasta que no sintamos en nuestra alma la corriente de la alegría con la victoria de los otros y atenace el dolor nuestras fibras por la derrota de los demás, estamos condenados al fracaso.

Dirección.— Pero es evidente que la agrupación así coordinada y equipada necesita del Estado Mayor con los planes de campaña y los jefes escalonados inmediatos con sus concretas directivas. Afortunadamente en la Iglesia tenemos la Jerarquía divinamente establecida. A ella toca y esta labor es gigantesca y de tremenda responsabilidad; ver la manera de impulsar el espíritu cristiano, hacer frente a los peligros y conjurar las

tempestades. Papa y Obispos, cada uno en su puesto, otea el horizonte y observa el movimiento enemigo. Es hora de acción; no de disquisiciones y controversias infantiles. A los soldados no nos toca planear; sino ejecutar bajo el comando. Y debemos persuadirnos que vale más un plan mediano con total cooperación de las fuerzas que una maravilla de planos con disociación de ellas. Y porque el peligro es inminente, el Papa reclama una acción inmediata "El tiempo de la reflexión y de los proyectos ha pasado: es la hora de la acción. Los frentes contrarios en el campo religioso y moral vienen delineándose cada vez más precisos; es la hora de la prueba".

Quien lea los documentos solemnes, las alocuciones pontificias, no titubeará en dar a Pío XII el título que él deseaba para todos los apóstoles modernos: "torbellinos de acción".

Pero la acción inmediata del Papa no puede abarcar todo el mundo; por eso, a través de los Cardenales con las diversas Congregaciones y los Obispos con su jurisdicción, se hace presente a todos. Sin embargo, preciso es confesarlo, no tiene esa voz universal resonancia. El Padre Lombardi, con el debido respeto, propone algunas modificaciones y aun innovaciones, que podrían servir para una acción más enérgica. Tal lo que él llama el "Senado del Mundo", institución que tendría su conexión independiente con el Santo Padre, por medio de su Secretario o por medio de la Congregación de Actividades Seglares, si llegara un día a constituirse. Y viene a continuación la descripción y actividades de esos "senadores del Mundo" que deberían ser "seculares calificadísimos de todas las naciones, hombres de fe firme para que consideren los problemas terrenos de la humanidad a la luz espiritual y concretamente a la luz cristiana; deberían estudiar y discutir solemnemente y en proporciones mundiales el injerto de las doctrinas divinas en los problemas propiamente humanos, nota específica de nuestros tiempos, aunque más o menos latente y siempre actuante en la huma-

nidad entera. Entre estos senadores habría periodistas, publicistas de toda clase, juristas, sociólogos, políticos, economistas, personalidades científicas... Y tendría importancia especial la presencia de hombres competentes en la situación política de cada país. Desde luego la agrupación no sería política pero es evidente que buscar la solución cristiana de estos problemas sociales, ignorando la política, es lo mismo que renunciar a la solución".

Otros factores.— No podemos seguir extractando la obra; solamente diré que cuenta la Iglesia con factores de valor elevadísimo. Y figuran en primer término los sacerdotes, religiosos y religiosas. Las ideas en esta parte son muy importantes. La hora presente pide:

1º) Una actividad intensa.— Pero una actividad intensa no sólo exterior sino también interior. No sólo interior sino también exterior. Es hora de tener en tensión toda el alma y cuerpo.

2º) La adaptación a los tiempos modernos conservando intactos los principios que constituyen la base de las instituciones. Pero hay algunas disposiciones de carácter secundario, accidental, a las que se da con frecuencia exagerada importancia y una intangibilidad casi supersticiosa. Es evidente que no se puede olvidar ni despreciar la tradición; pero no puede seguirla ciega y rutinariamente. Los Fundadores han sido dentro de la Iglesia grandes innovadores. Tomaron el pulso de su época, hicieron el diagnóstico de las enfermedades y recetaron el remedio en la forma y dosis que exigían la sociedad en que vivían. Desde que ellos desaparecieron de la escena de la vida han corrido siglos. En carrera vertiginosa han cambiado las circunstancias. De vivir ellos idearían nuevas formas y actividades. Reclamar su espíritu para la inalterabilidad es no comprenderlos. Querer permanecer atornillados a todas sus disposiciones es anacrónico. Y son ellos mismos los que con sus nuevas fundaciones y sus reformas nos señalan nuestra trayectoria.

3) Formación. Epoca la nuestra de

técnicas y especializaciones. En el campo de todas las ciencias se ha abierto el horizonte en proporciones gigantescas. Una de las funciones específicas de la Iglesia es la escuela; desde Kindergarten hasta la Universidad. Hoy cada edad ha sido estudiada y se han dado soluciones posibles para sus múltiples problemas; el niño, el adolescente, el joven. El problema científico, el problema moral, el problema religioso. La actividad científica y cultural; la actividad deportiva; textos, material, sistemas pedagógicos. Niños normales, anormales... Hoy día en ese mundo inmenso que nadie puede abarcar en su plenitud; se impone la especialización por una parte y por otra, la consagración.

Parecidos comentarios podrían entretenerse sobre la actividad benéfico-social de la Iglesia. Es evidente que en ese ramo la transformación ha sido radical. Por esta razón los dedicados a estas profesiones deben seguir el progreso y vivir su época. Asilos, hogares, clínicas, hospitales, casas de corrección, psiquiátricos, enfermeras, trabajadoras sociales... Lo que antes se ignoraba o eran germen embrionario, hoy es una ciencia u organización práctica muy desarrollada con principios y técnicas en consonancia con el avance; cosas que no se pueden ni se deben olvidar. He ahí tres puntos de honda repercusión y de gran importancia.

A la raíz. Por el espíritu que anima toda la obra y por la naturaleza misma de la labor que se planea no se podía dejar de tocar un punto que forma el fundamento de todo él. Lo dice bien el título del último capítulo. **La conquista del cielo** "Oigamos sus palabras:

"Una vez aquí, podríamos dar por terminada la segunda parte del volumen y es que se ha delineado suficientemente la constitución del Mundo Nuevo según las exigencias expuestas en la aparte. Pero bien miradas las cosas, se echa de menos un punto y por cierto no el menos importante. Se ha hablado tanto de aproximar el cielo a la tierra y de ele-

var la tierra al cielo y no se ha explicado la manera de llevar esto a cabo en cada conciencia. Por ser el asunto principal, siempre se ha hablado en sentido social y colectivo y se ha pasado por alto la forma en que cada uno, y algunos en forma intensísima, deben procurar ese contacto, si es que aspiran a ser intermediarios en el novísimo abrazo". Y habla del espíritu de oración, en sus for-

mas más sencillas y subidas, fuentes de todas las bendiciones que han marcado el apostolado de la Iglesia.

Pronto llegará este libro traducido al español. Sinceramente creo que debe figurar en toda biblioteca, por mediana que sea y convertirle en tema de lectura y meditación frecuente para quienes quieren trabajar, en esta época tormentosa, en el apostolado católico.

VICTOR IRIARTE, S. J

